

# *La crisis como oportunidad en un mundo en profunda reconstrucción.*

*Análisis de la situación Internacional en el Siglo XXI*

*Marta Ribao Gil*

*Sólo cabe progresar cuando se piensa en grande,  
sólo es posible avanzar cuando se mira lejos.*

*José Ortega y Gasset(1883-1955).*

Nos encontramos en un mundo en ebullición, en una convulsión permanente en tantos ámbitos que parece incontrolable. Caos surgido en medio del orden, trastorno en medio de la armonía. Estructuras labradas durante décadas que a día de hoy se desmoronan como castillos de arena. Magia de la transformación en un mundo que parecía más ordenado que nunca. Paraíso del cambio. En efecto, nada vuelve a ser como antes cuando nada ha decidido permanecer estático, y éste es el tema de nuestro tiempo.

El mundo se revuelve y nosotros lo contemplamos como meros espectadores, como personas que dejan tras de sí un halo de «añoranza» del cómo era antes. Decidimos que el ayer era «la joya» y nos resistimos a abrazar con cariño lo que puede ser el mañana entre tanto revuelo cotidiano. Anatole France decía que «*Todos los cambios, aun los más ansiados, llevan consigo cierta melancolía*». Sin duda, no se equivocaba el francés con esta rotunda afirmación, y más aún si tenemos en cuenta la velocidad de los mismos.

¿Porqué tenemos miedo de cambiar? Si algo ha demostrado la situación de crisis actual es que el modelo mantenido no era de ningún modo «sostenible» y requería a gritos grandes transformaciones, grandes mejoras, nuevos proyectos y metas. ¿No es este momento una gran oportunidad para emprender esa necesidad de cambio internacional? Bill Gates pronunció la conocida afirmación de que «*La crisis es una gran oportunidad para hacer cambios que ayuden a largo plazo*». En efecto, los cambios que el mundo de hoy necesita no pueden basarse en la visión cortoplacista que caracterizaba a nuestro mundo hasta nues-

tros días, sino que han de aspirar alto, mirar lejos, y hacerlo sin excusas, sin culpas y sin miedos.

Ortega y Gasset decía que *«No somos disparados a la existencia como una bala de fusil cuya trayectoria está absolutamente determinada. Es falso decir que lo que nos determina son las circunstancias. Al contrario, las circunstancias son el dilema ante el cual tenemos que decidirnos. Pero el que decide es nuestro carácter»*. En efecto, ante el dilema de la circunstancia actual Internacional, lejos de «darnos por vencidos» hemos de ser capaces de «ponernos en pie» y proseguir el camino, el camino del futuro. En palabras de John Fitzgerald Kennedy *«El cambio es ley de vida. Cualquiera que sólo mire al pasado o al presente, se perderá el futuro»*.

En nuestro tiempo, y más aún tras la crisis económica que se arrastra invertebrada desde 2007, no sólo se desmorona una determinada estructura económica, sino una concepción del poder y de sus bases ideológicas. En efecto, el error histórico parece encaminado a la sustitución de los principios democráticos por las leyes de mercado, todo ello alejado de toda consideración hacia los «valores» y la «ética» y, por ende, alejado de la «persona» como ser con una relevancia incuestionablemente muy superior a la adornada y muchas veces falaz belleza del mercado.

Nunca el mundo había perdido el timón de una manera tan clara, tan arrolladora, tan determinante. y pese a todo, ante esta compleja situación, no podemos dejar de preguntarnos, ¿y si fuese cortar la baraja lo que la partida necesitaba? Hay veces que cuando algo no funciona, o no lo hace del todo como debiese, no hay modo mejor de «hacer las cosas bien» que volver a empezar. Poner puntos finales es la premisa principal para escribir nuevos comienzos, al igual que aceptar una caída no significa aceptar la derrota, sino tener el «carácter» de afrontar un nuevo reto, siempre diferente, siempre desconocido.

A este mundo en el que vivimos la burbuja de la ilusión vacía ya le ha estallado en la cara y, lejos de mirar hacia otro lado, ha tenido la valentía de mirarse en el espejo, analizarse y tratar de superarse. Efectivamente, contemplar la destrucción no es fácil ni entretenido. No contiene un ápice de emoción ni una milésima de complacencia. Se ve la realidad sin tapujos, se acepta la verdad desnuda. Se aprende de golpe a encarar los errores, a contemplar la imperfección en uno mismo, en una nación misma, en un continente mismo o en una civilización misma. Como se contemplan las llamas. Sin bálsamos ni caricias. Con toda su crudeza, con toda su valentía.

Nunca es fácil aceptar que no somos perfectos, que nuestras concepciones tienen fisuras, que el proyecto de nuestra vida con toda su belleza tiene a su vez sus sombras y que incluso nuestras ideas no caminan siempre libres de error. Incautos los que se creen vencedores por defecto, detentores de la verdad, artífices de la perfección. Somos contingentes por naturaleza, sometidos a la prueba cotidiana, a la fragilidad de lo efímero. y aún así tan fuertes ... No se encuentra fortaleza mayor que en aquél que sabe vivir por encima de los avatares de la existencia, que en aquél que se sabe expuesto a lo impredecible y aún así sonrío a la circunstancia y la supera.

Es evidente que, dadas las circunstancias actuales, no se puede continuar con «más de lo mismo», sino que es preciso llevar a cabo cambios fundamentales en la manera de consumir, producir y gobernar. Cambios que aspiren lejos, tanto en plazo como en dimensión. Cambios que tengan vocación de «perdurabilidad» y de «globalidad».

Hoy, más que nunca, el mundo reclama conceptos de pensamiento global, de esos que consiguen pasar por encima de la raza, del género o de la denominación de clase, porque no cabe duda de que compartimos mucho más de lo que nos separa.

El mundo de hoy se juega de Océano a Océano, en idiomas diferentes y con tradiciones y creencias diversas. Unidad en la diversidad. Unidad de entendernos juntos, de comprendernos, de construir de la mano. Porque en las relaciones exteriores, así como en empresa y en toda estructura conformada por personas, no se gana si no ganamos todos, y esta regla es Universal. Nunca un acuerdo es bueno si tan sólo es bueno para una parte porque tarde o temprano se volverá en contra del supuesto «fuerte». La debilidad es un estado y no una esencia. Se es débil en un momento y en una coyuntura precisa, y es más, no hay fortaleza más bella que la nacida de la debilidad. Nadie entiende mejor qué es ser fuerte que el que ha sido débil. Más aún, nadie puede ser fuerte por tiempo indefinido ni en toda circunstancia si olvida de donde viene, y la fragilidad que lo sostuvo en su tiempo. La fortaleza sin la perspectiva de la debilidad no es más que un castillo de arena que se destruirá con un soplo de aire el día menos pensado.

Pese a todo, ¿quién dice que el contacto con el suelo no es el trampolín perfecto para empezar con perspectivas renovadas? Nos dirigimos hacia una dirección inesperada. Como por arte de magia estaremos en los sinfines de un mo-

mento en el que no se ha estado nunca en la historia. Nueva formulación de potencias que nunca lo han sido, ocaso de otras que siempre lo fueron, transformación de algunas que antaño perdieron su fuerza. Caos y en cierto modo nueva perspectiva. Nuevos horizontes hacia el mañana. Nuevas cartas, nueva partida, mismos jugadores. Nosotros. Ciudadanos del mundo, de este mundo que por primera vez busca talento por encima de suerte, que busca realidad por encima de apariencia, jabón concentrado y no su bella y efímera burbuja. Ciudadanos de este mundo que, por primera vez, tiene «sed de ética» y de proyectos «duraderos», de esos «de todos y para todos». Ciudadanos de un mundo que «quiere ser solidario y más humano». Y, aunque todos bien sabemos que el «querer» dista mucho del «hacer», tampoco hemos de ignorar que la voluntad es la premisa principal para lograr realidades. Los ideales siempre han de estar posicionados en un lugar alto de la existencia. Quien no tiende al infinito no tiende a todo lo que podría. No pretender aspirar a lo máximo es mediocre, a la par que sumamente dañino.

Negar que las circunstancias internacionales han conducido a una clara acentuación de la dimensión humana de las relaciones internacionales sería negar la verdad, dado que es cierto que se ha producido un claro empoderamiento de los individuos debido a la extensión de la democracia y a la revolución en el campo de la información y la comunicación, así como el desarrollo del derecho internacional que da cada vez más importancia a la protección y defensa de los derechos humanos.

Además, es remarcable la revalorización que experimenta la solidaridad a nivel global. El mundo globalizado cada vez es más consciente de la importancia de la dimensión humanitaria en nuestros días, porque todos sus problemas son, a la postre, «nuestros, de todos, compartidos». La interdependencia de este mundo interconectado presenta a su vez esta bella faceta de la «solidaridad compartida», siendo sin duda un fenómeno alentador y positivo en nuestros días, nunca antes acaecido con tal fuerza y amplitud.

En resumen, la aldea global, pese a poseer sus sombras, nos sitúa a los seres humanos cada vez más como protagonistas, y no hay duda de que este hecho es manifiestamente constructivo y esperanzador. Huntington, pese a su en cierto modo polémica y conflictiva publicación del «Choque de Civilizaciones», no descartó por otra parte en señalar que *«En el futuro que viene al caso, no habrá civilización universal, sino un mundo de civilizaciones distintas, cada una de las cuales deberá aprender a convivir con las demás»*. Y es esta frase lo que contiene la clave de lo que es, en última instancia, el reto de nuestros días: reconocer que existen en el mundo numerosas civilizaciones, y que es necesario aprender a

convivir con ellas sin necesidad de imponer la nuestra. «Armonía y Equilibrio» y no «Imposición y Poder» parecen ser los términos vencedores para el futuro.

Así a su vez lo reflejaba Edward Said, quien dijo que *«Me parece que a menos que insistamos y aprovechemos al máximo un espíritu de cooperación e intercambio humanístico (no solamente un placer infundado o un entusiasmo infantil por lo exótico, sino un profundo compromiso y una labor existenciales a favor del otro) terminaremos agitando de manera superficial y ostentosa la bandera de nuestra cultura en oposición a todas las demás».*

El mundo de hoy no ha de caminar basándose en el desconocimiento recíproco, sino en el reconocimiento mutuo. Reconocimiento de nuestro pluralismo, de aquél que permite compartir valores mínimos de justicia y buscar principios comunes. Hans Küng ya señaló que *«cada día es mayor el número de personas conscientes de que la crisis económica y financiera global tiene también que ver con valores y normas éticas comunes. Las personas tienen, por ello, la responsabilidad moral de construir un marco institucional adecuado para la economía. Sin moral las leyes no pueden subsistir, y ninguna disposición legal se puede llevar a efecto en ausencia de una conciencia moral basada en ciertos principios éticos elementales».*

Este mundo más humano y más solidario reclama bases comunes, bases éticas, reclama cooperación y no sólo mera coexistencia, y como seres pertenecientes a la raza humana tenemos la responsabilidad de hacer que esto sea posible. Las metas nunca parecen tan lejanas como cuando están al alcance de la mano, pero es elemental que no tiemble el pulso en ese punto. Nos encontramos, más que nunca, en ese punto en el que puede hacerse realidad un mundo mejor, un mundo en el que cada uno de nosotros reconozcamos que compartimos una responsabilidad común, junto con nuestras instituciones políticas y organizaciones internacionales, de reconocer y aplicar una ética global.

Tenemos la posibilidad de caminar juntos hacia la creación de un nuevo sistema mundial basado en la justicia y regulado por instituciones internacionales reformuladas en la medida de lo preciso para que sus decisiones sean reflejo certero y no ilusorio de la compleja y rica realidad internacional, un sistema que permita disponer de los recursos precisos para actuar eficazmente en la defensa de la justicia. No cabe duda de que todo esto es necesario, ya que existe una clara y evidente necesidad de reglas de conducta transnacionales que guíen a aquellos sumidos en este complejo mundo interconectado.

Este mundo de hoy requiere calidad frente a espejismo, esto es, más Estado democrático de derecho, más equidad e inclusión social, más mercados abiertos y competitivos, más sociedad civil empoderada y participativa y más instituciones y mecanismos de gobernanza global con el fin de lograr evitar tropezar de nuevo con errores del pasado. En suma, solidez de perfeccionamiento y no perfección imaginaria, anhelada, ideal. Siempre por encima del mundo porque no existe en él y es mera fantasía. Imaginación caminando perversa por Declaraciones de Principios y Glosarios del «deber ser», voluntad platónica y deseo irrefrenable de imaginar una realidad inalcanzable. Pura ilusión. Mera magia del pensamiento. Complacencia e Ingenuidad. Mundo de las ideas necesitado de un algo más.

Es preciso comenzar desde abajo y de nuevo hasta el cielo, pero despacio, con la sonrisa de la humildad, con la paciencia de quien se sabe en el camino cierto, con la valentía de quien se siente capaz y con la persistencia de quien trabaja por algo que es superior a él. Nunca hemos de olvidar que cada ser humano es nuestra esperanza, ya que cada ser humano tiene la capacidad de crear, y no es sino en cada uno de nosotros donde pueden encontrarse las respuestas que el mundo de hoy necesita, este mundo cada vez más «humano», cada vez más «nuestro», cada vez más «posible» ...

No quisiera terminar este ensayo sin antes citar el bello poema «If» de Rudyard Kipling, ya que considero que a día de hoy puede suponer una bella reflexión sobre la situación de un mundo internacional en profunda reconstrucción.

*Si puedes mantener en su lugar tu cabeza cuando todos a tu alrededor,  
han perdido la suya y te culpan de ello.*

*Si crees en ti mismo cuando todo el mundo duda de ti,  
pero también dejas lugar a sus dudas.*

*Si puedes esperar y no cansarte de la espera;  
o si, siendo engañado, no respondes con engaños,  
o si, siendo odiado, no te domina el odio  
Y aun así no pareces demasiado bueno o demasiado sabio.*

*Si puedes soñar y no hacer de los sueños tu amo;  
Si puedes pensar y no hacer de tus pensamientos tu único objetivo;  
Si puedes conocer al triunfo y la derrota,  
y tratar de la misma manera a esos dos impostores.*

*Si puedes soportar oír toda la verdad que has dicho,  
tergiversada por malhechores para engañar a los necios.  
ver cómo se rompe todo lo que has creado en tu vida,  
y agacharte para reconstruirlo con herramientas maltrechas.*

*Si puedes amontonar todo lo que has ganado  
y arriesgarlo todo a un solo lanzamiento;  
y perderlo, y empezar de nuevo desde el principio  
y no decir ni una palabra sobre tu pérdida.*

*Si puedes forzar tu corazón y tus nervios y tus tendones,  
para seguir adelante mucho después de haberlos perdido,  
y resistir cuando no haya nada en ti salvo la voluntad que te dice:  
«¡Resiste!»*

*Si puedes hablar a las masas y conservar tu virtud,  
o caminar junto a reyes, y no distanciarte de los demás.  
Si ni amigos ni enemigos pueden herirte.  
Si todos cuentan contigo, pero ninguno demasiado.  
Si puedes llenar el inexorable minuto,  
con sesenta segundos de lucha bravía...*

*Tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,  
Y lo que es más: serás un hombre, hijo mío.*

En efecto, «Nuestra será la Tierra» si trabajamos por ese mundo que algunos consideraron alguna vez un «sueño», el sueño de «un mundo mejor». Cuando se abren las fisuras es cuando más cerca se está del núcleo del problema, de la frágil posibilidad, de la intimidad de la realidad ... Tal vez ahora más que nunca sea el momento de intentarlo porque, en palabras de Gilbert Keith Chesterton, «Hay algo que da esplendor a cuanto existe, y es la ilusión de encontrar algo a la vuelta de la esquina».

El mundo que esperamos podría estar más cerca que nunca.  
Merece la pena soñarlo.  
Merece la pena intentarlo.

